

do, sin hundirse en ellas y sin vivir desazonados; y una por siempre asegurada: la pereza, la dicha-pereza, la indolencia, la calma dulcísima de esperar lo que venga, el aburrimento bienaventurado, que no solamente incita los sueños, sino que al sueño le hace más sueño, y convierte en sueño la vida. Todo el pueblo vivía del trabajo de cada día, con constancia, con tozudería y con tradición; todos sentían la alegría si ella llamaba á la puerta; todos sabían la tristeza, porque hartó á menudo llamaba; pero el símbolo no era el vivir unos para otros, el amarse, el acompañarse, el protegerse y el complacerse: así lo hacían, pero lo hacían por egoísmo. El símbolo del pueblo parecía ser la solitaria, aquella solitaria del globo que, cuando todo era sombra en el pueblo, aún se veía verde-guear, como un alga terapéutica, detrás del globo verde de casa del boticario.

EL BECO

Al llegar había dicho al tartanero:

—¿Cuál es la mejor fonda, muchacho?

—No hay más que una, señor.

—Entonces, no escojamos, y llévame á ella.

—Le llaman en *cal* Beco.

—No importa. Vamos á *cal* Beco.

Llegamos allá, y el Beco en persona salió á recibirnos á la entrada, una entrada con ese olorcito á pienso que tienen esas entradas, y una escalerilla al fondo para que suban las personas.

El Beco era hombre de cincuenta años; de esos francotes, pero ásperos. Llevaba un pañuelo atado á la cabeza, alpargatas de cáñamo, una fajita muy estrecha sobre la almilla y tralla para andar por casa. Fumaba un cigarro de á cuarto, tenía aires de carretero retirado, que ha puesto fonda por ponerla, para estarse quieto, y para no andar más por las carreteras.

Viendo que ya me habían bajado las maletas, le dije:

—Oiga usted, Beco, tenga la bondad de hacer que las suban á mi cuarto.

—¿Todas? ¿En seguida? ¿Es que no las puede subir usted?—me dijo para empezar—. ¡Vaya un holgazán que se me entra en casa! Usted debe ser—continuó diciendo—de esos que hacen mapas para los ferrocarriles. Lo conozco en todos estos niveles y cajitas. Vaya: cojamos la mitad cada uno, y vamos subiendo, que yo le enseñaré el cuarto.

Subimos por una escalerilla, encontramos un cuarto que me dijo que era el comedor, con vistas á una cocina, que tenía vistas al establo; volvimos á subir por una escalera de desván, y mientras subíamos me iba diciendo:

—Escuche, señor, ¿va á estar mucho tiempo en el pueblo?

—Según como me siente para mi mal.

—¿Y qué mal tiene usted?

—Un mal que no quiere gritos.

—Entonces puede usted estar tranquilo, que si usted necesita quietud, bastante reposado es el pueblo.

—Eso necesito.

—¿Es usted de los de la contribución, señor?

—No tenga usted miedo, Beco.

—¡Miedo yo! Ha de saber usted que aquí todos me tienen miedo á mí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por naturaleza. Yo, del pueblo, tal como usted me ve, soy... digamos la persona de más respeto. A mí no hay ningún hombre que se me ponga enfrente.

—¿Ni ninguna mujer?

—Ni ninguna mujer. ¿Y sabe usted por qué?

—Usted dirá.

—Porque las canto claras. ¿Lo ve usted? Pues como le digo, usted me parece hombre de un oficio que no debe tener mucha salida.

—Tiene usted razón. Pero, dígame, Beco: ¿dónde está el cuarto?

—Ya llegamos. Es este, el número dos.

—¿Tienen ustedes otros muchos cuartos?

—Para alquilar tenemos también otro, que le tiene el carabinero de servicio.

Abrió, y me dijo:

—Mírele usted bien: es mejor que el del carabinero. Porque yo soy claro: á usted le cobraré más.

—Gracias, Beco.

—La verdad. Ya ve usted si será mejor este cuarto que le teníamos para nosotros, y aquí se me murió la mujer, Dios la tenga en gloria, aún no hace ocho días. Aquí la teníamos, ¡maldita sea!

—¿Y eso tan alto qué es?

—Eso será la cama de usted. ¡Pobre! Allí acabó la difunta.

—¿Allí encima?

—Allí mismo. Ya verá usted qué á gusto está. Hay cinco colchones debajo, *sumié* encima...

—¿El *sommier* encima de los colchones?

—O debajo. Yo no me fijo en eso. ¡Tengo otras cosas que hacer! Hay de todo en esta cama, y por eso está tan alta. Quise que muriese como las personas. Por lo demás, si siente ruido por la noche, no haga usted caso, que yo duermo arriba en el granero con los chicos.

—¿Cuántos tiene usted?

—Por ahora ocho vivos.

—Bueno. Ya puede usted marcharse, que tengo que lavarme un poco.

—¿En día de trabajo se lava usted?

—A veces.

—Ea, pues lávese, ya que es usted tan limpio, y si necesita usted alguna cosa me llama.

—¿Y cómo se llama?

—¡Válgame Dios! Llamando. Si es de día, siempre estoy abajo tomando el sol, y si es de noche dé usted puñetazos en el techo.

Me lavé y dí una ojeada á mi cuarto, al número dos, que me habían destinado. El cuarto, como que no tenía vidrieras, podía ser muy claro ó muy oscuro. Si hacía calor era demasiado claro, porque había que tener las ventanas abiertas, y si hacía frío había que tenerlas cerradas y andar á tientas. Por suerte era verano, y pude abrirlas de par en par y orientarme. A un lado había una cómoda con una urna con la Divina Pastora y otras prendas recludas dentro del cristal; un San José de pasta, un nacimiento de cromo, un rizo de niño

dentro de un relicario y una Virgen de Lourdes, cerrada allí á toda pensión; había tres sillas, un aguamanil por si uno era propenso á lavárselas, dos cromos de ópera, ese de la escala de la vida, con sus escalonamientos de figuras, y en medio, muy serio, reposado, paternal, alto como una tumba y cubierto con una colcha, con toda la cacería del ciervo estampada de una sola pieza, el catafalco, el mueble de respeto, el armatoste majestoso donde había muerto la difunta.

Después de cenar, tomando carrerilla, subí á él, me dormí, soñé lo que pude, dadas las circunstancias poco apropiadas á soñar; revolvíme bastante tiempo sobre los *sommiers* y colchones de la pobre mujer del viudo; y allí á la mañana, cuando estaba en lo mejor del sueño, empezó el gran pataleo de las criaturas, y los gemidos y los llantos y los gritos que daban ellos gritando, y los gritos más fuertes que daba el Beco para hacerles callar y poner orden. Era tan grande el pataleo que hicieron caer sobre la cama tres capas de la cal del techo; y como yo llegaba al techo con la mano, me incorporaba y daba golpes para ver si se detenía aquel estruendo; pero en vano; hasta que les hubieron vestido y quitado de encima, el trote no paraba y no podía dormirme.

A las seis sentí que me abrían las ventanas de par en par.

—Arriba, que es tarde.

—¿Qué hay?

—Son más de las seis—me dijo el Beco.—A levantarse. ¡Vaya un holgazán que ha llegado! El carabinero ya está en la calle hace rato. Yo soy franco: no me gustan gandules en casa.

—Ya sé que es usted franco. Pero, ¿qué haré levantado?

—Sus quehaceres.

—Pero si no tengo quehaceres. Mi trabajo es saber lo que tengo que hacer.

—Entonces á escampar la niebla. Arriba, arriba, que se enfría el chocolate.

Iba á decir si me lo podían llevar á la cama aquel chocolate, pero, francamente, me dió miedo su franqueza. Me levanté y encendí un puro.

—¡Válgame Dios! ¡Un cigarro de diez céntimos á estas horas!

—Dispense, Beco—, le dije.

Me vestí y no me lavé, porque ya me había lavado el día antes y no quería ofender más, y me fuí medio dormido á aquello que llamaban comedor, y allí empezaron las penas de mi vida de pueblo.

El chocolate, menos mal. Más ó menos espeso y con más ó menos migas de pan dentro; bien ó mal, todos los chocolates del mundo pueden pasar. Pero el comer, ¡válgame Dios!, ya era más trastornador. Comí solo, porque el compañero carabinero estaba vigilando las fronteras, y lo que me dieron aquel día y lo que siguieron dándome, más valdría no recordarlo para no acumular rencores. La sopa era

un agua que se había restregado con la carne de la olla, sin llevarse substancia; el cocido eran las sobras de la sopa; de las chuletas (condena diaria) se comía más la lumbre que yo, tan quemadas me las traían; el pan le debían hacer de noche, nunca era del día; y en cuanto al vino, era de aquel que decía el Beco: «Le puede usted beber con confianza, porque no está hecho más que de uva.» Pero mejor hubiera uno querido que nunca hubiese visto la viña, porque á más de áspero y agrio y malo, parecía que le habían echado una especie de opio de bosque ó morfina de regadío, que daba un atontamiento como si de repente se hubiese uno ya vuelto del pueblo.

—¿Qué tal? ¿Ha comido usted bien?—me decía el Beco todos los días en cuanto acababa de comer.

—Regular.

—¡Ya lo creo que regular! Yo soy claro. Si no le diésemos á usted buena vida, se lo diría clarito. Aquí hemos tenido viajantes, el Jefe de estación, los que maniobraban la vía, y mucho personal, tanto de la clase de carreteros, como del ramo de menestrales, y nunca he tenido una queja.

Lo de la queja aún podía creerse; hay gente muy prudente en este mundo. Pero eso de que iba allí tanta gente, eso sí que lo puse en cuarentena é hice bien. Fuera del carabinero, el único que había, pero que siempre estaba fuera para estar al pie del contrabando, no se veía á nadie. Siempre yo solo, siempre ancho y siempre teniendo toda la

mesa para mí, sin empujones ni tropezones. En tanto tiempo como estuve, únicamente comí con un viajante de rosarios, con el afinador del órgano, que venía á echarle á perder de cuando en cuando, con un hombre que tenía la cruz en el paladar, y le daba mucha hambre y venía á hacer milagros vistos y tocados, con una mujer que un día se perdió, con un menestral, y algunos más que no hemos podido saber á qué se dedicaban, porque jamás dijeron palabra: gentes calladas, que comían la escudilla callando, sin que el Beco, con todo y con ser tan franco y claro, les hubiese podido arrancar datos de su oficio.

Pero si yo comía solo en la mesa de familia por escasez de familia *viandante*, la que era bien de familia, y bien animada, era la mesa de la cocina. Allí, además del Beco y de dos ó tres parientes del Beco, que comían de pie derecho, había las ocho bocas de criatura del Beco, que no paraban ni un momento, más mujeres de parientes del Beco, más ó menos lejanos de aquel Beco, y todos con un hambre de fonda.

Allí estaba la fonda, en la cocina. ¡Allí sí que había parroquia! ¡Allí sí que la mesa era siempre de familia!

Viendo tanta allí dentro y tan poca fuera, un día me arriesgué á preguntarle:

—Oiga, Beco, ¿para qué tiene usted fonda?

—¿Para qué? ¿Sabe usted para qué? Yo soy claro. Yo tengo un pasar. Yo soy muy claro y muy recto.

—Adelante, Beco.

—Sí, señor; muy recto. Y como soy un poco arisco, y el que me la hace me la paga, y soy muy bruto, quiero á los míos. Y como tengo unas poquillas tierras..., ¿entiende usted?... esto de la fonda la tengo para que coma la familia.

—¿Es decir que tiene usted fonda para ellos?

—Vaya. Eso es. ¿Qué se figura usted, que soy un mal hombre? ¡Rayo de Dios! Quiero que todos coman de fonda todos los días, y la he puesto en casa, y, ¡mal rayo me parta!, soy bastante tozudo para mantenerlos, y los mantendré, ¿me entiende usted? Los mantendré mientras viva.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

VIDA DE PAZ

Al ir al pueblo, el médico me había dicho: «No trabaje usted; lleve usted una vida de paz y distraígame.» Tres sentencias en una sola receta, que había de cumplir cada veinticuatro horas.

Lo de no trabajar me era fácil: lo de la vida de paz no podía haber encontrado lugar más de paz, pueblo más de paz, hombres más pacíficos, bañaría como aquel rincón de casas. Ahora, en cuanto á lo de distraerme, ya no era cosa tan llana en aquellos limbos, hechos para criar salud y para no tener pena ni gloria.

Allí la primera distracción de paz era levantarse muy tarde, si el Beco lo consentía; cuanto más tarde, más distracción llevaba ya adelantada, y más horas se habían llenado, dejándolas de vivir. El sol se levantaba de mañanita, y con aquel calorillo tibio que enviaba sobre la cama, y por el suelo, y á las paredes, y á las cortinas blancas, llenas

33806

de blancura y de reflejos, ya inspiraba toda la paz deseada, el aburrimiento dulcísimo que había de durar todo el día. «Arriba, levántate—parecía decir—, que ya te daré harta luz y hartas ganas de no hacer nada. Levántate; pero levántate con calma, y no te exaltes. Piensa que el día es muy largo, tal como tú le vives, y que antes de que vaya á ponerme, bermejo y redondo, detrás de aquel cerrillo que ya sabes, porque siempre vienes á despedirme, tendrás mucho tiempo de aletargarte, de enervarte, de colorearte de color de casa vieja con los besos que yo te envíe.»

Me levantaba, salía, y el sol había tenido razón. De punta á punta de las calles no se veían más que sus estragos; todo blanco de un extremo á otro del pueblo; todo empapado en su luz; todo bañado por dentro de una claridad que no era claridad de sol con manchas; era de sol de día de colada, de sol limpio, de ese sol que envían expresamente á las carreteras polvorientas. Ni un edificio, ni un rinconcito de sombra, ni una barbacana para poderse guarecer; y todo callado, bajo aquel brase-ro; todo con aquella quietud de día, más mortecina que la quietud de la noche; todo desierto, todo cerrado, como si la gente hubiese emigrado á tierras más apagadas donde el sol no saliese más que los días de fiesta.

Le entraban á uno ganas de volverse y meterse en la cama otra vez, que allí al menos había sombra; pero ya estaba uno en pie, y empezaba á an-

dar, á andar con calma y *paz*, buscando los palmos cuadrados de sombra que podían aprovecharse; y sin hacerlo expresamente y sin saber cómo, yendo á la derecha ó á la izquierda, ó siguiendo cualquier rumbo que se siguiese, siempre, pero siempre, por voluntad de los pasos y por obra y gracia de la estructura del pueblo, ó por motivos de la fatalidad, se iba á parar á la plaza.

¡Ya estamos aquí! Y en aquella hora, y si digo nunca, diré más verdad, no se veía ni un alma perdurable; y, lo que es más, ó lo que es menos, como que aquel lugar era más ancho que las calles que formaban aquel mapa, se veía en él á todo ver más amplitud de claridad, más anchura sin nadie, más desolación ampliada; pero como allí había unos soportales y bajo los soportales unos escalones de piedra, allí me sentaba y tomaba la primera *toma* de paz de las distracciones del día.

Estas distracciones eran bostezar, observar, tomar baños de indolencia; y casi siempre y á todas horas podía tomar las mismas. A la misma hora de siempre, de un portal amarillo que había á la derecha, salía un chiquillo. Tenía unos tres años el tal chiquillo, y era gordo, redondo y espeso; llevaba una gorra, á medio caer; la cara sucia por la nariz y por todos los alrededores de la nariz, y las manos bien regordetas y mucho más sucias. Bajaba un escalón con un cantarillo lleno; se sentaba lo más cara al sol posible; vaciaba el cantarillo, la mitad en el suelo y la mitad enci-

ma de su ropa; amasaba el barro que había hecho, y se reía; y cuando ya le tenía bien amasado, salía del mismo portal una mujer, que debía de ser su madre, y abofeteaba á todo abofetear al chiquillo del barro, le truncaba el reír, le hacía arrancar el grande llanto, arrastrándole adentro, y hasta al día siguiente á la misma hora, que se volvía á repetir la misma función del cantarillo con agua, barro, bofetada, llantos, gritos y arrastramenta.

Ya habíamos gozado el primer número. Después, del otro portal de más abajo, salía una mujer flaquísima; miraba al reloj un buen rato y gritaba á una vecina:

—¿Qué hora es, Pepeta?

—Las once.

—Dios te lo pague.—Y cerraba la puerta.

Ya teníamos el segundo; ya había pasado media mañana. Aquel reloj de sol lo decía y no mentía; porque por muy reloj de sol que fuese, y por más que el tal sol parecía mirarle de frente á todas horas del día, y puede ser de la noche, como un girasol con horas, él era formal, y desde el Ayuntamiento hasta el maestro, todos los que allí sabían de letra tenían confianza en él. En seguida pasaba el párroco, lleno de sudor, que iba á andar dos ó tres calles de camino; después el pregonero tocaba la trompeta en medio de aquella planicie desierta, y sólo yo le escuchaba y sabía lo que pregonaba: el pago de esto, el pago de aquello, los apremios, las multas y los recargos, que yo, que era el único

que le oía, era el único que no los tenía que pagar; después tocaban á medio día, y cuando el reloj de sol ya casi no señalaba de tanto calor como le caía en los minutereros, cuando el sol llovía más encendido que nunca y más deslumbrador, todos los días, con más puntualidad que el reloj, salía de una tienda un perro blanco, que podía ser de todo menos de aguas, miraba la plaza, se volvía adentro, volvía á salir para saludar á un *compañero* que pasaba más abajito; se volvía á casa, volvía á mirar qué hora era y á decirlo dentro, y á meter prisa para la comida, hasta que, á lo último, cumplidas estas obligaciones, buscaba el sitio de más calor, de más sol; mataba una mosca y se tumbaba después de dar dos vueltas en redondo, y dormía la gran siesta.

Aquello señalaba el medio día. ¡Al-l-eluia! Ya había pasado la mitad. Ahora, á comer, aunque no se tuviesen ganas; después á tomar café al *Casino moderado*, con más de diez personas que también le tomaban todos los días; después á jugar á las cartas ó al dominó, ó á hablar de política, ó á hacerla *activa* los que han tenido la suerte de aprender; y los que no sabemos... á la *nona*, á hacer más paz, á buscar más distracciones, á ver el sol otra vez, que de la derecha ya había pasado á la izquierda, y á correr calles, y á encontrarse, sin saber cómo ni por qué, otra vez, en aquella dichosa plaza.

Aquellos soportales ya eran *tendido de sombra*, en aquella hora de la tarde. Ya el sol no daba en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MARCO REYES

16 DE JUNIO DE 1925 MONTERREY

ellos; ya el perro de antes dormía más allá, buscando cama más caliente, mirando las moscas de reojo, y haciendo temblar una horeja á cada picadura que le daban. El párroco volvía á pasar otra vez; de un balcón tiraban lo que les había sobrado de la comida á unas gallinas que llegaban corre que corre; el reloj continuaba señala que señalarás, sin perder ni una chispa de luz; daban más horas (todo el día están dando horas en aquel pueblo), el perro se marchaba adentro á ver si había novedad en casa, volvía á tumbarse en el mismo sitio, y yo me levantaba y me iba al campo para continuar distrayéndome y ver llegar el crepúsculo con toda la paz posible.

¡El campo! El campo de allí ni á paisaje llegaba. El paisaje estaba lejos. Para verlo, lo menos se tenían que andar cuatro pueblos de camino, y dejar los pueblos y no acordarse de que existían. Aquello era campo á secas, campo de cultivo, con sus montones de paja, la era, una frondosidad de higueras, una viña azufrada, con todas las enfermedades, y muchas cañas á la orilla de un regato de agua clara.

Allí, á la orilla, sobre la hierba, me sentaba y la miraba bajar horas y horas. Siempre corría, siempre era igual, siempre arrullaba y doblaba los mismos juncos y dejaba ver en el fondo las mismas piedrecillas blancas; pero era tan monótono el canto que cantaba, tan melancólico, tan reidor y tan fresco, que al poco rato de escuchar aquella

tonada y de ver aquel espejo de azogue, quedaba uno sin saber si miraba ó no miraba, dulcemente atontado, con el pensamiento vacío, la cabeza como dormida del todo, los ojos vagos, y sujeto por un sueño despierto, que parecía que uno se olvidase de vivir.

Después, al despertar á la vida, venían otros entretenimientos de paz. No más que con un hormiguero, con aquel ir y venir, aquel caminito de carga y descarga, aquel darse recados por el camino, aquel tragín hecho con tanta quietud en aquella tierra tan quieta, ya tenemos entretenimiento para media hora; sólo con mirar los insectos caminando con aquella santa calma, que para ir de un hormiguero á otro á hacerse una visita gastaban tres días, si no les ocurría ninguna desgracia, ya tenemos un cuarto más de diversión, y los tres días si las queríamos ver llegar. Mirando las abejas rebuscando todas las flores para ver si se habían olvidado de mirar alguna, viendo el crecimiento de las tres ó cuatro higueras, descansando un rato, sentándome ó tumbándome un ratito, ya puedo decir que había pasado la tarde sin hacer mal á nadie, y se me echaba encima la puesta de sol.

En aquella hora, las campanas, además de dar más horas, también tocaban á la oración, y no es posible saber, tanta era la majestuosa avenencia, si se quejaban de que el sol se retirase ó si él se retiraba doliéndose de que tocasen. Fuese como quiera, era la hora de verdadera armonía, y el hombre que

puede ver una puesta de sol cada día, ya no se puede quejar de la vida. Yo había visto muchas y me podía dar por feliz. Un día, como avergonzado de los estragos que había hecho, se retiraba, tapándose la cara; pero eran tan hermosos y tan bellamente esfumados los celajes de púrpura y plata en que quedaba envuelto, que las galas eran dignas del más emperador de los astros; otros días se hundía con modestia, rodeado no más de cuatro nubecillas lisas; á veces se iba solo, y rodando bajaba, siempre con la mirada fija; á veces también tenía momentos de tristeza y parecía entornar la vista, y aquel día dejaba el pueblo aún más triste que nunca, más condolido, más hundido, y aquel día las campanas lloraban más tiempo, y el crepúsculo se venía encima con más luto, y las estrellas más encendidas.

Ellas eran los únicos faroles del pueblo, porque cuando los encendían jamás tenían bastants petróleo, ó humebau, ó también estaban tristes, por muy faroles que fuesen, ó no querían dar luz. Con la poca que daban entraban al pueblo los campesinos, que venían del trabajo del campo, formando grupos de hombres agobiados y de siluetas borrosas. Esa hora, que entre los que llegaban, entre los que salían de las casas, entre los que iban y venían podía ser el momento más alegre, tampoco lo era. Todos sentían, sin saberlo, la pasión de la caída de la tarde, el mal de la puesta de sol, la opresión de alma que el alma siente en las sombras. Ya era

de noche. «Buenas noches» se oía por todas partes. «Buenas noches...» «Buenas noches.» Un «buenas noches» resignado que parecía repetirse por todas las calles del pueblo. «Ya nos hemos quitado otro día de encima. Dios nos dé tiempo de paz para quitarnos todos los que nos quedan.»

LAS MOSCAS

Una de las cosas que daban más animación al pueblo eran las moscas. Estos animalejos, tan dóciles, tan cariñosos, tan amigos del hombre, se encontraban tan bien en aquel lugar de calma y recogimiento, que venían á él en la primavera; allí veraneaban, allí se quedaban en el otoño y no se movían de allí en el invierno. Llegaban las amables bestiezuelas en los vidrios de la diligencia, mirando el paisaje; en el lomo de una mula, almorzándose por el camino la misma mula, ó bien dentro de un canasto de fruta. Nunca llegaban á pie ni se tomaban el trabajo de volar cuando iban de camino. Viajaban para su recreo y no era cosa de echar á perder las alitas, que hartas las habrían menester en cuanto llegasen al término.

Y al llegar al término, repuestas en seguida, y dejando las incomodidades y molestias del viaje, se quitaban el polvo, daban una ojeada al terreno,

emprendían un vuelo indeciso de globo sin dirección, y se dejaban caer buenamente allí donde las llevaba el destino.

Eso sí: parecía que el destino estuviese sobornado. El destino siempre las llevaba sobre los terrones; pero no sobre aquellos terrones que tanto hacían sudar á los aldeanos; sobre los terrones de azúcar, en las cocinas, en las tiendas, ó allí donde hubiese dulzor de alimentos ó dulce dulzor de vagancia. Ellas, ¡pobrecillas!, como mariposas de clase inferior, todo lo tomaban por flores: el hombre era una flor; los perros también eran flores, pero flores que enseñaban las espinas de la boca; las cocinas eran un parque con grandes parterres de alimento, y la despensa el jardín de las Hespérides, donde hubieran pasado una vida regalada, á no ser por la gran vigilancia.

Porque hay tanta gente mala en el mundo, que, valiéndose de la bondad natural de las bestezuelas, les paraba engaños de astucia allí donde menos podían sospecharlos, todo por hacer daño, para hacer víctimas y para matar criaturas indefensas. A veces veían un trozo de azucarillo bajo una cosa de vidrio que les parecía muy natural, entraban allí con toda la confianza de la persona inocente, y una vez dentro ¡no hallaban mal azucarillo, pobretonas!... Empezaban á dar vueltas en aquella caja de vidrio, por arriba, por abajo y por todas partes, y al cabo veían que aquello que habían tomado por una finca de recreo, era un laberinto con una pis-

cina, con una cisterna de agua—precisamente de agua, ellas que no la podían sufrir—, donde iban á ahogarse. A veces veían una cazuela, entraban y les cerraban una puerta que llaman la tapadera, y también morían ahogadas, pero al menos hartas. A veces—quien no hace mal, no piensa mal—se instalaban en una habitación bien blanca, bien aseada, para limpiarse las seis patitas, y también venía el verdugo y les hacía la infamia de cerrarles las ventanas, y ellas tenían que huir, corre que corre, porque no podían sufrir eso de estar en tinieblas.

La luz era su gozo, su pasión y su vida. Amaban más un rayo de sol ó un traguete de luz que una cucharada de miel ó un terrón de azúcar cande. Esperaban á que saliese, sentadas en las aceras, y en cuanto llegaba, de mañanita, ¡ah, hijitos míos, qué alegría en el mosquerío, qué manera de dejarse llevar y de mecerse y de nadar en el aire! ¡Qué tertulias se armaban en las puertas de casa del confitero! ¡Qué sarao volador en las entradas de las bodegas y de las tabernas! ¡Y qué modo de hacer gimnasia por todas las calles y plazas! Allí había moscas madres que, apenas le veían venir, se cargaban el hijo á cuestras y le llevaban á volar, y vuela que volarás, con el peso de la criatura; las había gruesas, de color de acero dorado, con unos bigotazos como de alambre plateado, que eran más calmosas y tomaban su *toma* sentadas en las piedras; á otras parecía que el sol las emborrachase, y daban cabezazos en las vidrieras; y todas

juntas, relumbrando las alas como chispas, revolcándose por la atmósfera, parecían talmente un polvillo dorado, una vibración luminosa, un chisporroteo de claridad que á lo largo de las calles desiertas hacía como si el aire burbujeara y se bazuqueara el pueblo.

Ellas solas llenaban más el pueblo que todos los habitantes y todos los forasteros; eran su bullicio, su algazara y su movimiento; eran la ornamentación de las calles, la distracción del ganado y la alegría de las casas. Sin haber sido nunca domesticadas, eran domésticas por instinto y por convicción: amaban el hogar, la vida íntima y reposada, y todo lo que agradaba al hombre les agradaba tanto á ellas, que muchas veces lo probaban antes que él, y le acompañaban por todas partes, y no le dejaban ni de noche; y eran tan cariñosas, que muchas veces, en fuerza de tanto cariño, llegaban á hacerse pesadas.

Eso de tomarse demasiadas familiaridades sí que lo hacían: se ha de confesar en honor á la verdad, porque es el único defecto positivo de esos animalitos graciosos. Se hacían dueñas de todo, entraban por todas partes, aunque hubiese enfermos en casa, se enteraban de todo lo que comían las familias, se metían de pies y manos en lo más sagrado de la bebida y la gustaban, y hasta muchas veces tomaban allí baños, nadando y desnadando como si estuviesen en su casa, se tomaban la franqueza de hacer cosquillas á las muchachas más honestas, de

pasear las calvas más venerables; de manera que ya se comprenderá que no pecaban de prudentes; pero, fuera de eso, lo hacían todo con tanta inocencia, tan por broma, con tanta gracia y con tanta dulzura, que todo se les podía perdonar á cambio de la alegría que llevaban allí donde era menester y el trato afable y constante que sostenían con todo el mundo, ya que no hacían como los perros, que ladraban á los que veían mal trajeados. Ellas, cuanto más pobres eran, más los frecuentaban, sin miramientos ni escrúpulos, y sin vanidades ridículas. Si hubiesen logrado un asomo de protección, estos pajarillos caseros habrían tenido mucha familia (y eso que no la escaseaban), y las casas y las calles y el pueblo se habrían visto más animados, sin contar lo que habrían ganado la industria y el comercio y la agricultura, que no he tenido tiempo de calcularlo. Pero no tenían protección. Los Ayuntamientos de los pueblecillos pequeños no se cuidan de la agricultura; otras cosas tienen que hacer y otros quebraderos de cabeza; los pobres hartos hacen con pagar para que se cuiden de ello los que habrían de cuidarse; los señores... allí no existían señores; pero cuando los hay, todo el día lo pasan bostezando, y por eso las cosas van tan bien. La mosca, como la persona, vive sin administración, sin estímulo, y tiene que arreglárselas como pueda, por su propia iniciativa, falta de fuerzas vivas que le den vida propia.

Pero dejando, para no acalorarnos, la política, hemos de confesar que á la mosca no le faltan las que llamaremos fuerzas vivas. Ella vive socialmente, sin gobiernos, sin programas, como aún no saben vivir nuestras sociedades, con tantos derechos y tantos comités y sufragios electorales y bases y constituciones. Viven porque tienen derecho á vivir, porque las han hecho para vivir, y porque han de dar vida á los millares de criaturas que tienen cada primavera; porque no han de pararse de vivir; porque no viviendo, morirían... y porque no conocen más que un solo derecho: el derecho del hambre, que lo mismo les hace pastar, si lo han de menester, un costillar de mula que una cabeza de persona sabia, almorzando por la mañana bestialidad y merendando inteligencia por la tarde.

Lo hermoso en ellas es que no saben nada de todo esto, y que ni lo saben ni lo predicán. Ellas han ido al pueblo, porque allí donde hay personas humanas siempre hay que comer, y allí donde hay miseria es más fácil comérsela; han ido allí sin darse aires de misión, ni de propaganda, ni de religión, ni de internacionalismo: allí están porque hay una fuerza superior que las lleva, que ellas, que pican, no conocen, y que los picados desconocen; han ido allí por fatalidad, en clase de hojas que lleva el viento, en clase de residuo con alas, en clase de polvo y de simiente aventurera. Pero ellas, que son moscas, se comprende que no se-

pan por qué van y por qué viven en el pueblo; pero los del pueblo, que no lo parecen, si no les dijese por qué viven en él no lo sabrían mucho más que las moscas. Viven como ellas, para criar, para buscarse un vivir triste y miseroso, para chuparse con modo la sangre del vecino de más arriba ó de más abajo, para vejetar, para dormir y para morir al llegar el frío del último invierno. Si sueñan, es que otros les contagian los sueños; si rezan, es que les llaman á rezar; si no comen azúcar, es que les quitan el azucarero casi siempre, ó que les encierran dentro del tarro de vidrio: si aman, es que el calor de primavera les pone canciones en el pico; si aborrecen, es que se entregan; y si ni aborrecen ni aman, es que viven su vida natural. Son lo mismo que las moscas, pero sin aguijón para penetrar tanto en la carne, y sin alas para volar por encima de las miserias.

Hecho por hecho, la mosca es más franca; ¡pobrecilla! Le faltan muchas facultades. eso sí; pero tienen más naturalidad que el hombre. Ellas cumplen aquello para que la Naturaleza las destina: festejan en la primavera, se casan en el verano, se divorcian sin pena ni sentimientos de *poética* al otoño; y así que sienten venir el invierno se buscan un rinconcito donde no puedan hacer estorbo, vuelven á doblar las seis manos, meten la cabeza bajo el ala y se duermen con el sueño dulce de la criatura ignorada.

Tan tranquilo es el su dormir, que duermen todo el santo invierno, y hasta hay algunas que se olvidan de despertarse.

Las más se despiertan. ¡Ya lo creo que se despiertan! Se despiertan y se desvelan, y como si no hubiesen dormido, ¡pobrecitas!, vuelven á hacer de las suyas en todos los pueblos de moscas.

Porque hay pueblos, señores, en que no son *las obscuras golondrinas* las que vuelven: son las moscas.

Cada pueblo tiene su destino y su poesía.

«LA COSTURA»

El tener hijos dicen que es el único lujo que pueden tener los pobres, y este lujo... ¡los pobres!... le tienen desenfrenado.

Por todas partes se veía un vivero de criaturas. Los pájaros sólo hacen nido cuando sienten el amor que les trae la primavera; pero para aquella buena gente, ó no había primaveras ó no se acababan nunca.

De aquellas cabecitas rubias, con un delantal debajo, y unas piernas y unos bracitos color de rosa saliendo debajo del delantal, rebosaban todas las casas, estaban llenas todas las calles, brotaban en todos los huertos y nadaban á docenas por todas las polvaredas de todos los caminos.

¡Qué bendición de Dios, válgame Dios! ¡Qué bendición para el pueblo! Al salir de los pañales, y salían á escape, aún no sacaban las piernas por debajo de las enaguillas, ya les echaban á la calle y